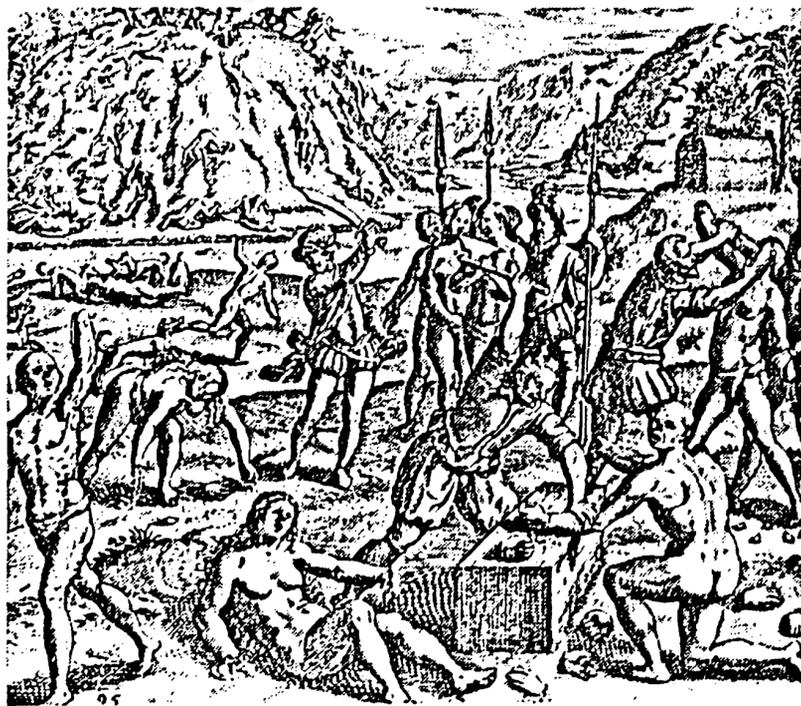


EL TRAUMA DEL NACIMIENTO DE HISPANOAMERICA

Desde hace cerca de dos siglos la América Hispánica atraviesa por una serie de crisis históricas (comparables a fiebres recurrentes) que una y otra vez reaparecen en forma irregular, y cuyas manifestaciones han sido consideradas de manera aislada casi siempre. Por concentrarnos sólo en la coyuntura -o poco menos- se hace evidente la falta de una visión de largo alcance que pueda dar un diagnóstico y piense en



(16)

salidas para la crisis global, que se ha vuelto un anómalo género de vida en Hispanoamérica, impidiendo el desarrollo progresivo de sus potencialidades. Y la crisis originaria, de la que no hemos salido todavía, irrumpe al producirse la violenta separación de nuestra Madre Patria. (Aquí cabría recordar con López de Mesa que “Patria” es también “Matria”). Acaso no hemos podido ir liquidando la culpabilidad y los traumáticos efectos de aquella separación, como

si se tratara del trauma del nacimiento de Hispanoamérica? Porque debemos entender que mientras no nos enfrentemos a esto, muy poco vamos a ganar en el manejo y control de aquellas perturbaciones caóticas que se van y vuelven sin que sepamos el motivo.

España es una madre de carácter tan posesivo como autoritario, siendo esta imagen absorbente quien impuso sobre noso-

tros una tutela de trescientos años, y cuando la repudiamos por la fuerza nos encontramos con que no nos había enseñado a manejarnos solos ni sabíamos movernos dentro del múltiple campo de la civilización. Dicho fenómeno se confunde con un sentimiento de culpa, que no ha llegado a la conciencia, provocado por el rechazo de aquel poder que nos había moldeado a su imagen y semejanza, al igual que su Dios con el hombre⁽¹⁾. Y aquella crisis original se presenta a la

(1) Dentro del amplio escenario que tiene que ver con la Independencia se da una tesis en contravía de las ideas comunes que parte del “pensamiento reaccionario” y puede ayudar a entender, desde otro ángulo, nuestro pensamiento. De paso advertimos que en Colombia dicha tendencia está representada por Alvaro Gómez Hurtado cuyo libro sustantivo es *La revolución en América*, por el historiador Arturo Abella en *Todo por un floreo* y por Alvaro Mutis a lo largo de sus conversaciones con Eduardo García Aguilar en *Celebraciones y otros fantasmas*. Ese pensamiento reaccionario se atreve a creer que nuestra independencia fue prematura, puesto que España se encontraba en plena gestación de una gran obra de construcción en los territorios americanos, proceso que fue interrumpido por aquel alumbramiento prematuro de la historia. Esta tesis ayudaría a dar cuenta de la falta de ajuste histórico y las perturbaciones consiguientes para el desarrollo de Hispanoamérica, que de tal manera no acaba de llegar a la madurez todavía. Y si de ciertas aseveraciones de Cardoza y Aragón se puede deducir que nuestras culturas indígenas, que andaban por la época infantil, sufrieron un violento traumatismo para su desenvolvimiento por obra de la conquista ibérica, del pensamiento reaccionario también se desprende que el estado de madurez que estaba alcanzando la América española abortó con la independencia. Todo ello nos proporcionaría un aporte a la comprensión de lo que aquí nos planteamos: después de su traumático nacimiento la América hispana no ha acabado de hacerse a formas maduras de existencia, social e individualmente consideradas.

Independencia lo mismo en España que entre nosotros, con la diferencia de que ya parece conjurada en la antigua metrópoli. En la Madre Patria esta crisis se presenta por la doble pérdida de la “hija”: América e *Isabel II*⁽²⁾, quien debe separarse de su reino para asilarse en Francia, y recordemos que -junto a EE.UU.- de Francia llegaron las ideas independentistas a América⁽³⁾. Y por esa hija real se da comienzo a las guerras carlistas cuyos espasmos revuelven las entrañas de nuestra madre España durante buena parte del siglo XIX.

La crisis originaria (que aquí expresa una falta de origen) se produce también en la América española a través de la ruptura con el imperio ibérico, dándose entonces una imagen paterna fuerte, arraigada en los Libertadores y padres de la patria, y la ausencia de la materna, rechazada por medio de las luchas de emancipación. Esto desemboca en un duelo cuya elaboración nos ha llevado demasiado tiempo, y en el ejercicio autosuficiente de una autoridad grabada hace muchos años en el inconsciente colectivo, arquetipo de los héroes de la Independencia que abona el terreno para que brote el tipo criollo del dictador. También aflora aquí una serie de manifestaciones anárquicas, motivada por la brusca privación del influjo de la autoridad materna sobre la psique hispano-americana, la cual se halla por esa época dentro de una etapa formativa donde tal influencia viene a ser crucial. Según los antecedentes, en nuestra inconsciencia estamos paradójicamente fijados a la ausencia de una madre que no nos preparó para vivir sin ella, como sí lo hicieron los anglosajones con Estados Unidos, infundiéndole además un sentido de libertad que el absolutismo español no pudo transmitirnos⁽⁴⁾. Ese sentimiento de orfandad pone en evidencia la razón psichistórica de que la victoriosa lucha libertadora no se consumara plenamente, y prosiguiéramos en una enmascarada condición subalterna donde las

grandes potencias nos dejan una soberanía limitada, imponiéndonos los intereses de su política por medio de complicados mecanismos que escapan al profano⁽⁵⁾. A tal fenómeno se le puede llamar neocolonialismo, a cuyo través pasamos del coloniaje a la dependencia de Inglaterra y Francia primero, y de Estados Unidos y las Corporaciones Multinacionales después. Dicho estado de cosas viene a constituirse en una posición tan pobre que ha restringido aplastantemente, y en forma social, cultural e individual, el campo de posibilidades para la investigación y el encuentro con nuestro propio ser, impidiendo una realización mucho más completa del carácter latinoamericano y dejando que nuestros medios de expresión sigan enajenados a patrones extraños.

De las oleadas libertadoras emerge paradójicamente una figura de autoridad muy significativa para el desarrollo de nuestras crisis intermitentes: el “hombre fuerte”. Este emblema criollo del poder salta como un predador de la militarización de Hispanoamérica a donde condujo la amplia cobertura de las guerras de independencia. ¿Dentro de qué contexto se inscribe ese personaje encumbrado por el aluvión de sus secuaces se erige sobre la cima del poder como dueño absoluto de su país? Pues bien, la Independencia es un momento épico del Nuevo Continente por tres razones cuando menos: da lugar al surgimiento de gran número de naciones, esto se logra por medio de la guerra y en ella se da una masiva intervención popular, a cuya cabeza están la aristocracia y los héroes de la liberación, como Bolívar. Pero al culminar aquel movimiento colectivo quedan frente a frente las clases populares, que han hecho una guerra por la libertad, y la espesa trama de los dominadores, quienes desean un aumento de su poder a raíz del comando de una lucha que para ellos significaría un botín opulento. No obstante, en los altos sectores de la sociedad que

(2) Isabel II de España es la *hija* por quien Fernando VII se decidió a la revocación de la Ley Sálica con el objeto de que una mujer pudiera heredar la corona española.

(3) Y América era una colonia hispánica que tras la Revolución Francesa reproducía en dos fases dialécticas la guerra de independencia española: primero la independencia del dominio francés y luego la liberación de España, (siguiendo el ejemplo de reivindicación de su independencia nacional que el mismo pueblo español le había dado), sin alcanzar todavía lo que podría llamarse una síntesis más alta.

(4) Ya Bolívar advertía, al pronunciar el discurso de Angostura, que de las reliquias de la dominación que España había impuesto como modo de vida a sus colonias, el contagio del despotismo pesaría durante largo tiempo sobre ellas.

(5) Al final de este escrito se encuentra un análisis más detallado de cómo se impuso la hegemonía inglesa en Latinoamérica a partir de la Independencia.

empieza a formarse se presentan también contradicciones. Así asistimos a una sorda lucha por el poder de los jefes de camarillas y los caudillos regionales quienes, apoyados sobre sus seguidores, han nacido de las convulsiones de la Independencia; volviéndose en defensa de sus intereses contra los auténticos patriotas, abanderados de la gesta libertadora. Se puede decir que todos quieren su cuota de poder, y en medio de una atmósfera incierta en la que reina el realismo de corto vuelo, (no el vuelo del águila norteamericana que ya desde esos años rondaba sobre nosotros), se rompe en pedazos la América Hispánica: un móvil para ello es el deseo de los nuevos dominadores de tener sus patriecitas, según la expresión de Fernando González. Y los planes que las facciones incuban en la oscuridad de esta hora se imponen sobre aquellos visionarios que capitanearon la marejada del pueblo hispanoamericano en busca de su autonomía. Rememoremos a Bolívar, San Martín, Hidalgo, O' Higgins, Sucre, Artigas, Morazán, al lado de tantos luchadores cuya memoria tutela ese sueño de liberación e integridad de lo que José Abelardo Ramos llamara la nación latinoamericana.

Contribuye a la rudeza con que se levanta e impera el hombre fuerte, la empresa donde fermenta una mezcla explosiva tanto de la brutalidad y del coraje como de la soberbia o el ansia de reivindicación que alimentan con fuego los hijos de esta tierra. Sobre ese barril de pólvora se alza un ídolo sin piedad en los ojos: el Macho, fetiche rudimentario de un culto que puede provocar una embriaguez turbulenta y que -un poco a lo charro- podríamos

simbolizarlo con el aguardiente⁽⁶⁾. La alianza de lo enunciado con el mesianismo que implicó la Independencia, cuando unos pueblos se volcaron sobre los vecinos para llevarles la libertad, lo mismo que la luminosa proyección de un haz de grandes hombres, decisivos en la victoria y la formación de las nuevas repúblicas; y partiendo de un acontecimiento verdaderamente histórico: la unánime liberación de un continente gracias a que en ella se conjugaron los conductores, las altas clases y las masas; llevan a que éstas hayan permanecido fijadas al tipo originario del hombre providencial durante los momentos más graves

de la crisis, cuando se pide un líder en el curso de un caudal de sueños mesiánicos que todavía no se agota.

Mientras coagula la sangre vertida en las guerras que removieron el antiguo orden y atravesando la diversidad de regiones de nuestra geografía se yergue un nuevo personaje: el "caudillo de agrupaciones", que maneja con riendas de acero el carro del poder. Agujoneado por el delirio de grandeza, su silueta se agiganta frente a la opinión acrítica, encima del pedestal de las guerras, (y éstas son muchas veces la desgracia de su patria), que provocan los estremecimientos febriles del nacionalismo y la ley de hierro de los pronunciamientos. A fin de erguirse sobre una base

firme, el caudillo hace uso de un aglutinante colectivo empleando, con atrevimiento y astucia, esa dialéctica de autoridad y obediencia que tanto funciona en las sociedades de herencia española, con el doble ascendiente de la monarquía absoluta y la Contrarreforma, y que debe aprender a utilizar quien quiera tener un poder ilimitado dentro de estas



(17)

(6) Por eso Noriega, el "hombre fuerte" de Panamá, le puso el nombre de "Macho" a su buque preferido.

naciones. Además de la militarización de la vida ciudadana y de que los habitantes están sometidos a presiones y censuras de todo género, la dialéctica de dominación y sometimiento, que convierte a este tipo de jefe en autócrata, se asienta no sólo en el terror sino en ciertos gestos que pueden atraerle la adhesión del común de las gentes. (Y recordemos la importancia que ha tenido el gesto dentro de la estirpe española). Estas actuaciones en el tinglado de la región manifiestan la bizarría hispánica y la quijotería del hombre que se enfrenta a molinos, leones y ejércitos y logra a veces derrotarlos, mientras libra el combate de cara al aplauso de los espectadores y -aunque sometido a altibajos- deja la sensación muy a la española de quien por años y años embiste contra las dificultades, saliendo adelante a costa de heridas y destrozos, hasta caer abatido por los enemigos o la muerte. No sobra advertir, sin embargo, que en este caso el componente del interés individual juega un papel definitivo.

Nos referíamos a una serie de procedimientos que puede ganarle a este caudillo el ánimo de la población. Como actor consciente de los efectos y hombre librado a sus corazonadas, corre lances temerarios con los cuales se roba la admiración popular. Su búsqueda del impacto lo lleva a realizar obras destinadas a producir una impresión arrobadora entre el público. Y la aparente rotundidad de su lucha contra las dificultades seguramente le granjea las simpatías de muchos de sus compatriotas. Para satisfacer su *libido imperandi*, éste, al que podemos llamar también "jefe de cuerpos", se proyecta desde la cohesión del grupo liderado por la rigidez de su mano -sea una cohorte militar, civil o religiosa- ganándose su lealtad por diversos medios y conquistando el poder a plazo indefinido, poder cuya ambición no lo deja en paz a él ni a sus semejantes. Y este tipo político que bosquejamos es aplicable a numerosos caudillos de agrupamientos a lo largo de nuestro continente. Para sólo referirnos a los que brotaron de la Independencia mencionemos a los generales Rosas, Santa Cruz, Flores, Mosquera, Obando, Páez, Santa Anna. (Y de lo expuesto proviene el militarismo larvado que todavía alienta en el continente).

Los antecedentes de nuestro caudillo pueden remontarse hasta cuando los españoles, quienes

acababan de expulsar a los musulmanes de su territorio, prosiguen la cruzada contra los infieles al otro lado del Atlántico y lanzan sobre las tierras recién avizoradas la imagen formidable del caudillo hispano-árabe. Después, el absolutismo de España que envía sus reflejos a las colonias del Nuevo Mundo, ayuntado al poder aplastante de la iglesia, y superpuestos ambos al dominio contundente de los altos sectores blancos respecto a indios y negros, hacen que se conserve una atmósfera de autoritarismo contra la que se vuelven las guerras de independencia sin lograr, no obstante, arrojar de casa los gérmenes del despotismo que en América Hispánica ya habían calado muy hondo. No es de extrañar entonces que al culminar la lucha con la expulsión del opresor ibérico, la mayoría de nuestras naciones caiga en manos del *dictador*, que se perpetúa por épocas y en otras se va y vuelve. Frente a lo que se cree, el dictador -quien muchas veces es un caudillo de agrupaciones- no sólo actúa contra los intereses nacionales sino que puede exhibir una positiva obra de gobierno, contando con el factor humano y las circunstancias por supuesto. Pero establece tal represión de las fuerzas sociales, que a la desaparición del tirano éstas se anarquizan con frecuencia si el país no se tambalea y extravía su curso, pagando la cuenta de la dictadura a través de un periodo más o menos prolongado. (Acercas del dictador como figura típica de Hispanoamérica estamos por creer que solamente la novela se ha dado cuenta a cabalidad de su importancia). Y estos planteamientos pueden ayudarnos a comprender la génesis y configuración del fenómeno del caudillismo entre nosotros, cuya primera representación se desarrolla en la Conquista para proyectarse a plenitud desde la Independencia, y que lanza aún la sombra de la autocracia sobre este momento histórico, por más que la democracia parezca triunfar en todas partes.

Consumada la Independencia, los pueblos del continente toman un respiro, van dividiéndose -a causa, en buena medida, del caudillismo- y se afianzan dentro de las fronteras de sus solares patrios. Ya ha echado raíces, sin embargo, la tendencia a la sumisión y la rebelión a partir de una cultura de la servidumbre (que también ha sido llamada, a la inversa, cultura de la dominación), heredada de España según lo pondrá en evidencia Leopoldo Zea; prosiguiendo con tenaz agu-

deza la agitación en el perímetro de las repúblicas nacientes. Y la inestabilidad va volviéndose una forma de existencia a la cual desde hace cerca de dos siglos no se acaba de hacer el Nuevo Mundo, siempre a la espera de una salida salvadora. Pero un elemento disociador que hace imposible esta salida tan esperada, quién sabe por cuantos años, consiste en que desde las luchas de emancipación los hispanoamericanos se



(18)

habituaron -pasiva o activamente- a la muerte, como un licor de muchos grados que los mantuviera borrachos. Algo que sin embargo ya habían experimentado los indios frente a las tribus rivales, y con los negros a manos de los blancos avasalladores. Al exaltar la eliminación de otros seres humanos en condición de táctica fulminante, la guerra a muerte que decretó Bolívar por ejemplo, y como una forma absoluta de conseguir la "limpieza" del trayecto vital, nos hallamos frente a un comportamiento que permite deducir lo siguiente: el culto al macho y la prepotencia si no el resentimiento de esta cultura de dominación y servidumbre al igual que la inestabilidad social e individual en un lugar donde no hay permanencia y a cada rato desaparecen hombres y cosas de nuestro alrededor, son factores que influyen sobre esa orgía fatal que embrutece a Latinoamérica. La brutalidad de procedimientos nos hace retroceder hasta los constantes combates entre las tribus precolombinas, sobre todo al canibalismo extendido por los caribes en un área muy considerable del continente. Sobreviene más tarde la conquista a hierro y sangre de América que encierra el etnocidio indígena, uno de los más grandes etnocidios de la his-

toria, cerrándose este sanguinario capítulo a mediados del siglo XVII, y desde entonces aquella racha letal amaina sensiblemente. Y después del largo paréntesis colonial se reabre el ciclo de la muerte violenta, a semejanza de una hemorragia que debilita de manera recurrente las energías continentales.

Desde la crisis original, la escasez crónica de fondos,

destinados en lo fundamental a la guerra⁽⁷⁾, unida a la ausencia de un *ethos científico*, refuerza los obstáculos al desarrollo del hombre, la infraestructura y la naturaleza de estas naciones. Aquí falta la ciencia desde el golpe que le asestaron las guerras emancipadoras, cuando se encontraba en acelerado proceso de expansión bajo el impulso ilustrado de los Borbones y gracias a la progresiva maduración cultural de las élites criollas. Al cortar el camino de una ciencia que empezaba a dar sus primeros pasos seguros, la lucha entre peninsulares y americanos nos privó de una construcción cuya exactitud forma la mente con rigor, desde un plano que si se halla en relación más o menos directa con la realidad, enriquece la forma de abordarla (desde que se trate de una ciencia con consciencia), fuera de enseñar a pensar en forma práctica, precisa, coherente. La posesión -a partir de sus fundamentos- de una ciencia aplicada, nos habría permitido ejercer una actividad transformadora del mundo que nos rodea y conocerlo mejor, implicando la capacidad de tener en cuenta los hechos. De seguro que nos habría evitado los desvaríos de los "constructores de repúblicas aéreas" que de tal modo irritaban a Bolívar. La

(7) La imprevisión y la corrupción administrativa lo mismo que las guerras producen una erosión en gran escala de los recursos hispanoamericanos.

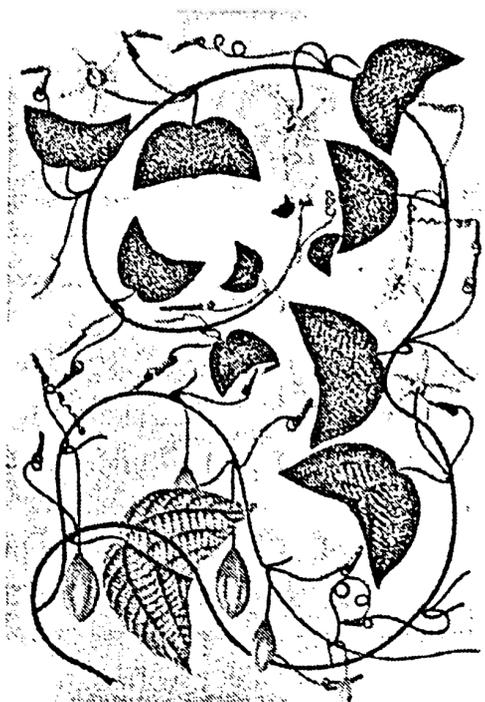
precisión de una mentalidad, a cuya formación haya contribuido el pensamiento científico, puede neutralizar la tendencia a la retórica que tanto engece y distorsiona nuestro estado de cosas. Y así es probable que no fuéramos vasallos del reino de la mentira, bajo el manto del fraude, la mala fe, la simulación, la exageración, la demagogia, el engaño sobre sí mismo o los demás, el escamoteo de la realidad, etc. Si lo enunciado constituye un bloqueo a la situación creativa del hombre en Latinoamérica, la existencia de una constante actividad científica que emane de la sociedad, porque ésta ofrece las condiciones de posibilidad para ello, le permitiría a sus miembros saber a qué atenerse y entrar claramente en contacto con el universo de la mente y de la materia, lo que multiplicaría el potencial de la relación entre el individuo y el mundo. Y si el quehacer científico impregnara nuestra sociedad, la ciencia pasaría a ser un instrumento que haría factible el encuentro perpetuamente diferido en Latinoamérica con su propio ser, ya que de lo contrario la seguirían moldeando fuerzas extrañas.

La presencia de un *ethos* científico en nuestra sociedad habría contrarrestado, en cualquier modo o medida, la incoherencia histórica de un continente que, sobretodo a través de sus altas esferas -según veremos- no acaba de ponerse de acuerdo consigo mismo, tal como en diversas escalas lo han conseguido los países más evolucionados. Veamos una serie de casos que nos harán comprender mejor esa incoherencia histórica: en numerosas oportunidades las autoridades de todo tipo no son acreedoras al respeto de la ciudadanía, porque realizan actividades que rompen la legalidad y contravienen su función pública, lo que desmoraliza peligrosamente a la sociedad, con la anomia consiguiente. Como vivimos en el reino de la mentira, acá se crea un torbellino de expectativas que no se cumplen nunca, y la retórica de las declaraciones oficiales es sólo una mortaja perfumada que la doble moral extiende sobre la vacuidad de sus promesas. Muchas de las decisiones que afectan al

público son tomadas en la oscuridad por grupúsculos o personas que imponen sus intereses a cualquier costo para la nación. Al pueblo latinoamericano no se le tiene en cuenta sino en función de las elecciones, sustrayéndole las posibilidades de construir a la par el destino individual y colectivo. No hay una continuidad sistemática de la planeación nacional, lo que responde a la trayectoria de unos países que viven de avances y retrocesos, reformas y contrarreformas, cambios bruscos y estancamiento. No es extraño pues que tal incoherencia histórica desemboque en que el paso de la democracia a una forma contraria de gobierno: la dictadura (y viceversa), haga parte de la “normalidad” de nuestra existencia. Y mientras se imita indiscriminadamente lo foráneo, el rechazo de todo lo español durante el período que se inicia a raíz de la guerra contra España arrasa el vetusto caserón colonial, pero también se pierde un conjunto de instrumentos útiles para gobernar con fines sociales, entre ellos algunos que habían pasado la prueba de los años, los cuales, de ser adecuados a los nuevos tiempos, le hubieran infundido mayor continuidad a la marcha irregular del Nuevo Continente. Y por lo que se refiere al recinto de la individualidad, el formalismo cultural de los latinoamericanos los predispone a una menor consecuencia con sus convicciones que

los hombres del norte, haciéndose más propensos a la falta de honestidad y a la doble moral y menos consistentes que aquellos.

Vamos a examinar un último problema que se pudiera haber evitado de integrarse el elemento científico a nuestra psique: la supervivencia entre nosotros de lo que el psicoanálisis llama pensamiento mágico. Este comprende un conjunto de rasgos neuróticos característicos del que piensa con el deseo, presunto dueño de una mirada tan engañosa al concebir la realidad que entorpece la relación con el objeto así como el desarrollo de la conciencia. Aquí se tiende una red tejida de fantasías sobre el mundo, donde el facilismo es el sucedáneo del po-



(19)

der de los productos que la razón elabora, de la velocidad y riqueza de lo intuitivo y el alcance incalculable de las creaciones imaginarias. Si el pensamiento mágico no sigue los procesos de producción del saber, su marco teórico y sus repercusiones prácticas, para lanzarse sobre los resultados, entendemos que pierda la capacidad de análisis y crítica y la apropiación del "know-how". Frente a tal forma de estar en el mundo, el pensamiento científico elimina los supuestos y estudia el objeto con la mayor precisión posible, prosiguiendo sólidamente su rumbo por medio de una clara conciencia de sí mismo en relación con lo que tiene ante él, según procesos sometidos a verificación, para proyectarse, social, natural, epistemológicamente.

Desde que la trayectoria de la ciencia americana fue interrumpida en sus promisorios comienzos, atraviesa un extenso desierto, salpicado por algunos oasis; sumida en una estéril dependencia que como un espejismo reproduce modelos remotos sobre una tierra sin raíces. Es el *Bovarismo* latinoamericano, definido por Leopoldo Zea como "el afán de ser distinto de lo que se es, anulándose a sí mismo". A semejanza de Madame Bovary, en estas tierras también se han embelesado los hombres y mujeres ante las luminarias que titilan desde parajes de ensueño. Han querido imitarlos con resultado muy mediocres; de espaldas a la situación auténtica, mirándose en un espejo extranjero y reducidos a las fantasías compensatorias de su triste posición; corriendo una aventura cuando llega la oportunidad que le da colorido al exilio de la vida provinciana.

Pero antes de que el choque español contra las colonias quebrara la columna de la ciencia americana, ésta, con Humboldt a la cabeza, estaba haciendo patente a los criollos las enormes riquezas de nuestras tierras (como sucedió a un alto nivel en la Expedición Botánica de Nueva Granada), lo que les abrió el deseo de independizarse para disfrutar de ellas, según lo saben todos los hispanoamericanos desde las

bancas escolares. Las bases de este movimiento científico se sientan hacia la segunda mitad del siglo XVII, cuando Galileo o Descartes ya eran conocidos por ciertos espíritus selectos y aparece, entre otros, un científico tan erudito y múltiple como Sigüenza y Góngora. A lo largo del siglo de las luces dicha actividad se incrementa progresivamente y se encuentra un buen número de cultivadores, quienes llevan adelante gran diversidad de expediciones, trabajos, publicaciones y, más que todo durante el fin de siglo, fundan periódicos sobre los asuntos de la ciencia y erigen una creciente instalación de establecimientos dentro de este campo. Así se va construyendo una infraestructura en aumento para el trabajo científico, que le augura un desarrollo significativo y logros relevantes en este Nuevo Mundo.



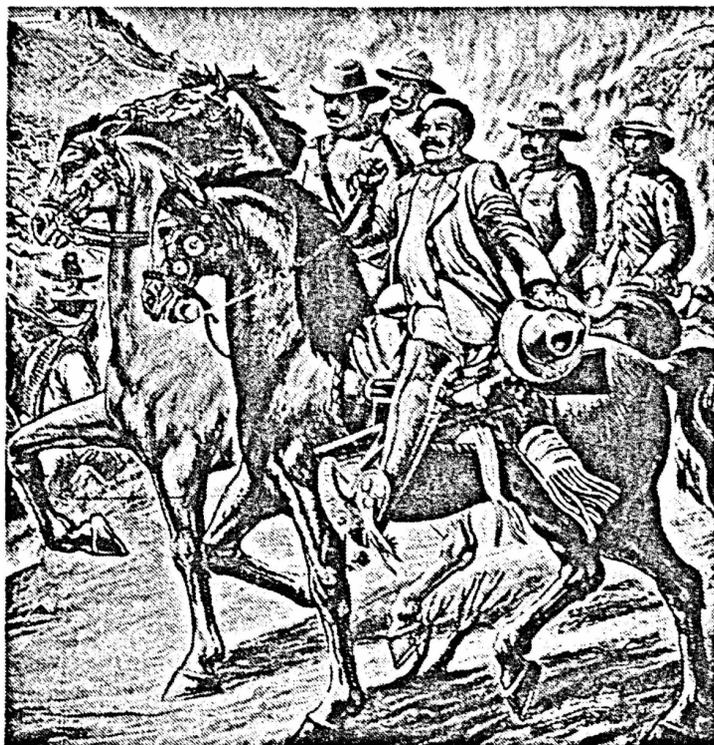
(20)

Pedro Henríquez Ureña, cuyas anotaciones han contribuido a este recuento histórico, señala que los científicos de la Colonia "muy rara vez llegaron a una generalización teórica comprensiva" haciendo sí "muchas contribuciones útiles a la ciencia descriptiva", porque la amplitud de los fundamentos teóricos debió haber sido mayor. Pero tal limitación al desarrollo de la ciencia habría desaparecido, permitiéndole subir de nivel, al romperse el aislamiento en que nos mantenía España y ponernos en relación, tan fructífera como directa (y no

meramente pasiva), con los centros científicos mundiales. Adviene sin embargo la anhelada independencia, y puesto que en los avatares de la lucha se interrumpe la corriente cada vez más ancha de la ciencia sobre nuestro territorio, en lugar de una producción científica original que se uniera a los enriquecedores aportes extranjeros, casi siempre desembocamos en una recepción llena de beatería ante ellos. Fenómeno que se da sin que la formación de algunos miembros de los círculos elevados en este ámbito haya servido para reanudar aquella edificación abandonada donde se abren puertas hacia dimensiones que posibilitan las construcciones mentales y materiales a la vez, infundiéndole el sentido de destino universal a un pueblo por medio de sus mejores representantes.

Aquí el científico es un meteoro y la ciencia una tarea aburrida y abstrusa para la mayoría de las gentes: no se ha llegado aún a la "normalidad científica", concepto formulado en relación con la "normalidad filosófica" de Francisco Romero. Ella consiste en "el ingreso de la preocupación filosófica (científica) en el común cauce cultural" así como en generar con cierta regularidad contribuciones a este dominio de situaciones, de relaciones y de control que es la ciencia. Campo donde en América Latina generalmente se importa sin producir, se piensa según modelos ajenos y se vive de reflejo, siempre tras aportes metropolitanos sin tomar casi nunca la delantera. Y mientras no adquiramos conciencia del ser de lo latinoamericano, para llenar ese vacío de identidad tendremos que seguirnos mimetizando con otras zonas que saben hacer uso de su potencia, ya que guardan una profunda relación con su propia entidad. No obstante, el enfoque psichistórico y la mirada filosófica que empleamos para apresar y comprender los motivos del cuadro de la dependencia latinoamericana, requieren de un complemento. Con tal fin se hace necesario acudir a una serie de razones económicas, sociales, políticas y culturales que puedan ayudarnos a entender mejor la nueva dependencia en que ingresa la América Hispánica a raíz de la emancipación de España. Veámoslas entonces.

Con la Independencia se da un cambio de hegemonía de España por Inglaterra sobre la América recién liberada en los dominios que esbozaremos enseguida. Respecto al terreno económico, a Inglaterra le interesaban los productos agropecuarios y mineros de América Latina que no exigían industrialización o valor agregado. Además los ingleses perseguían la ventaja comparativa: nada de industrialización de estos países que económicamente debían limitarse a la exportación de productos sin valor agregado, siendo ese mismo el interés de la burguesía comercial y las clases terratenientes exportadoras entre nosotros.



(21)

Dentro del campo social esa burguesía comercial y las clases terratenientes exportadoras junto a otros sectores de las élites, habían tomado el gobierno de las nuevas repúblicas, con unas clases medias muy débiles, lo que supone una baja posibilidad de consumo, aunque de ellas sale buen número de los intelectuales y artistas latinoamericanos. Y como a lo anteriormente descrito se sumaba la inexistencia de un proletariado y el hecho de que no había un mercado interno que permitiera la industrialización endógena, se reproducía un subdesarrollo sin industrialización, necesaria para superar la dependencia. Abordemos lo tocante al terreno político, entendiéndolo como la relación de fuerzas económicas, sociales, culturales y militares. Tengamos en cuenta que Latinoamérica siempre ha estado en un área geopolítica: la de España, Inglaterra, Francia y Estados Unidos, lo que implica una relación asimétrica con los centros en esos cuatro niveles, sin olvidar el militarismo y el uso de la fuerza militar por parte de las potencias cuando alguna de nuestras naciones quería cuestionar una de esas dependencias, sobre todo económica (el cobro de deudas por ejemplo). Y es con esta mentalidad colonizada que hemos importado los sistemas políticos que nos han regido, desde el pensamiento ilustrado hasta el neoliberalismo, lo que, por supuesto, ha redundado en beneficio de las naciones más poderosas.

Culminemos con la dimensión cultural. En ella los pensadores, quienes ven más allá de la situación social, son excepciones, mientras hay una mentalidad poco desarrollada que importa bienes simbólicos. Según Pierre Bourdieu el consumo cultural es un elemento de distinción y aquí siempre se ha considerado como distinguido la posesión de lo extranjero muchas veces sin asimilarlo, a más de que el interés de la élite letrada es consumir objetos y sistemas simbólicos extranjeros porque eso le da prestigio. Así lo nacional se devalúa sin

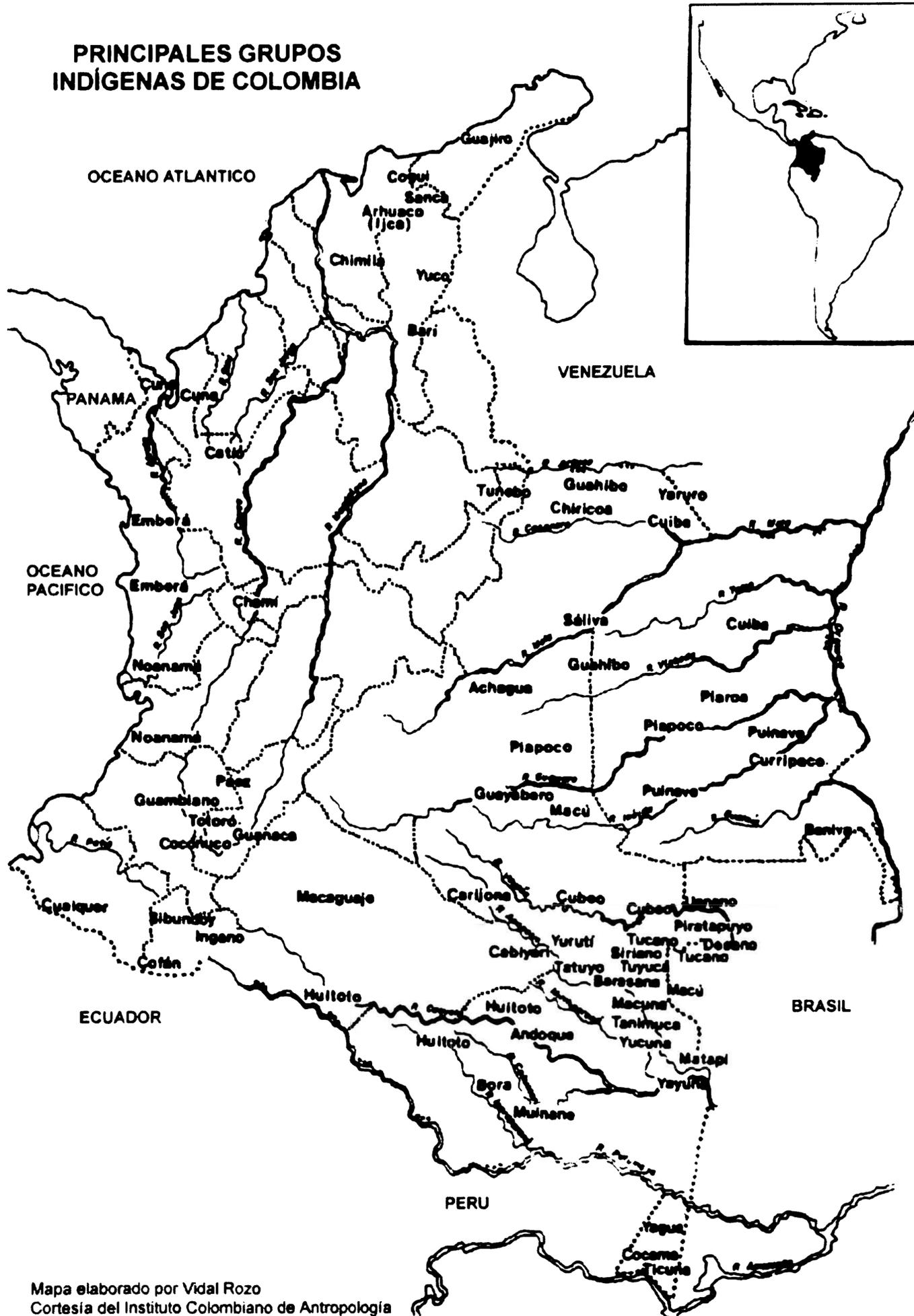
darse fuentes internas de generación de sentido que configuren una expresión latinoamericana. Pero surge una contraélite que expresa una visión del realismo, el academicismo y el paisajismo europeo y que comienza a expresar temas nacionales con formas artísticas tomadas de Europa. Bourdieu habla de la lucha por quien pone las significaciones, y aquí cabe la concepción de que lo civilizado es lo mejor, remontándonos con ella a la Conquista, cuando fueron destruidas sociedades indígenas enteras por el pecado de no adaptarse a los patrones de la civilización europea, y específicamente española. Aquella noción de lo civilizado deslegitima, invisibiliza, bloquea lo campesino, lo indígena y lo nacional popular que pueden expresar una identidad latinoamericana.

Aquí nos propusimos dar una visión de la incidencia traumática de la lucha de independencia sobre Hispanoamérica, de sus antecedentes y consecuencias, lo que no obsta para que anotemos en el activo de esa lucha la creación por los criollos de Estados nacionales que implican un avance en la conciencia histórica. Esto supone además el manejo por ellos de una parte considerable del excedente económico. Dentro del plano político podemos anotar a favor de la Independencia la introducción de instituciones liberales representativas como el parlamento, la presidencia, un sistema judicial relativamente autónomo, el voto censatario. Fuera de ello se desarrollan élites regionales que también están en la base de la fragmentación de Hispanoamérica durante el siglo XIX. Y en el plano intelectual, la ruptura del control español implica la apertura a dos culturas nacionales hegemónicas en ese momento: la inglesa y la francesa. Pero es mejor no hacerse demasiadas ilusiones sobre este cambio que favoreció a quienes se encontraban en una posición elevada, ya que los de abajo siguieron en estado subalterno y poco vieron de las maravillas de la emancipación, a la que muchas veces contribuyeron en calidad de conscriptos. En todo caso, para bien o para mal, seguimos experimentando los efectos de la Independencia, que nos constituyó en naciones y nos legó la culpa de haber rechazado violentamente a la posesiva Madre Patria, grabándose en el inconsciente colectivo una figura paterna fuerte, proveniente de los padres de la patria, que nos torna propicios al caudillismo. Esa será una de las razones de que aquí las crisis oscilen entre un cuadro anárquico y

otro autoritario y que por un desequilibrio estén resurgiendo irregularmente desde el trauma que las origina: la separación de España, que ocupaba todo nuestro horizonte. Y cuando fue desplazada sin habernos enseñado a valernos, nos dejó en una desorientación y una falta de madurez tal que, al llenar inmediatamente su hueco con el neocolonialismo, no hemos podido superar la minoría de edad, como Osquitar Matzerath - el cínico protagonista de *El tambor de hojalata*- quien se quedó a perpetuidad en los cinco años. Tenemos que estudiar nuestra mentalidad y su formación, examinándonos no sólo en profundidad sino en superficie, pues lo epidérmico es mucho más importante en nuestro mundo que lo que en Europa o Asia, regiones de profundidad, puede serlo.

Las siguientes afirmaciones de Leopoldo Zea tienen validez para un aspecto de la psicología histórica referente a Latinoamérica: se trata de “no querer ser lo que se había sido y se era para poder ser distinto”, habida cuenta de que “no se puede ser otro que sí mismo, y es de sí mismo que habrá que partir para ser libre”. Así la psicohistoria se da a buscar la razón de los asuntos difíciles que le competen y entorpecen el avance del continente, abordando la razón no solamente en su significado de causa, sino también dándole la razón a esos presuntos problemas que en muchas ocasiones aparecen al mirarlos desde una falsa identidad, aunque realmente pertenezcan a la verdadera: he aquí una forma de asumirnos. El llegar a las raíces de nuestras dificultades o presentarlas a través de un corte vertical en el tiempo ayuda a su diagnóstico y puede proporcionar elementos para superarlos, mediante una toma de conciencia que permita un tratamiento apropiado del asunto. Pero además del cambio afrontamos la identidad en el sentido de ser igual a sí mismo, es decir: ser, para llegar a nuestro ser auténtico. De tal modo puede haber identidad, ya que a una personalidad trastornada, llena de cargas y tensiones, lo más inteligente es transformarla en una personalidad que repose sobre sí misma, libre y sana. Es esto lo que queremos respecto a lo que ha llamado Jaime Jaramillo Uribe la “personalidad histórica”, en este caso de Latinoamérica, un objetivo en la línea de lo que han perseguido los pensadores americanos durante dos siglos de luchas, de indiferencia y alegría a flor de piel.

PRINCIPALES GRUPOS INDÍGENAS DE COLOMBIA



Mapa elaborado por Vidal Rozo
Cortesía del Instituto Colombiano de Antropología